

Páginas poco advertidas de José Vasconcelos



Su gran leyenda polémica, el desaliño y la abundancia de sus títulos, el rápido vuelco que en las últimas décadas ha dado la cultura nacional abandonando o menospreciando los grandes temas y entusiasmos de su tradición, han impedido leer a Vasconcelos, como a muchos de sus contemporáneos y antecesores, con la minuciosidad que acaso merece. Ha quedado fijo en unas anécdotas, en unos rasgos legendarios, que si bien ciertos, al prescindir de otros elementos de su pensamiento, su acción y su temperamento, lo simplifican demasiado en una caricatura que a veces asume proporciones de monumento y a veces de vileza o ridiculez. La *Revista de la Universidad* ha querido recobrar algunos fragmentos de sus obras, poco conocidos o poco advertidos, a fin de cuestionar esa simplificación y conocer algo más de este hombre que fue protagonista de muchos aspectos de la cultura mexicana moderna. Los títulos que los acompañan, cuando llevan asterisco, son responsabilidad de la Redacción y sólo obedecen a los fines de lectura de esta muestra antológica, parte de una selección más amplia que se publicará en la Biblioteca del Estudiante Universitario próximamente.

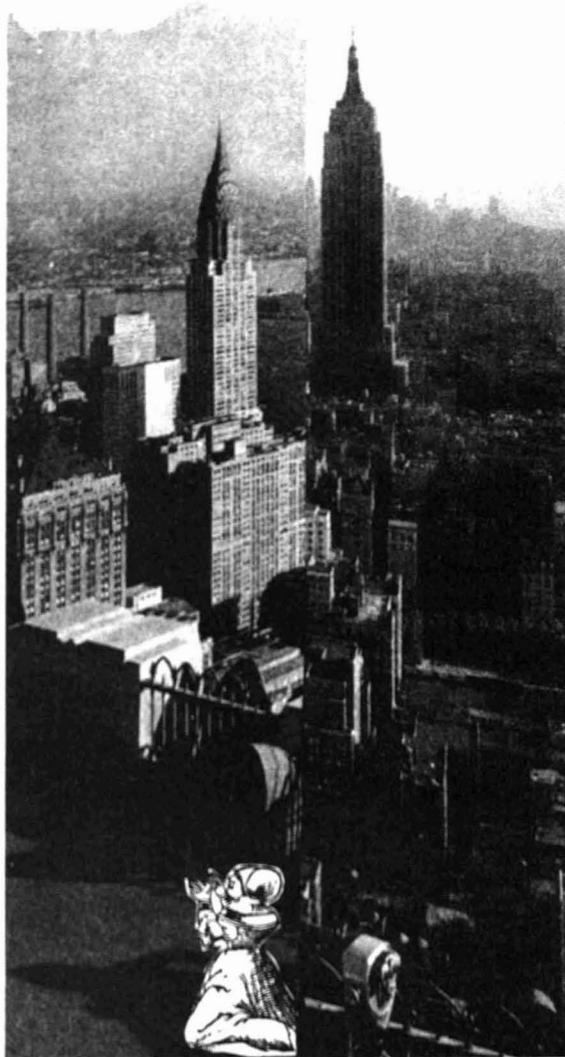
*Si desaparecieran mis escritos**

Los libros que se ocupan de cuestiones fundamentales no se encuentran jamás en nuestras librerías, lo

que a ciertos autores nos da la inmensa ventaja de poder ganar fama sin ser leídos y sólo por lo que se dice que decimos. Y como cada pueblo necesita inventarse héroes, si no los tiene, así como crearse personajes míticos y sabios consagrados, nos queda a muchos contemporáneos la esperanza de que una vez desaparecidas nuestras obras totalmente, a causa de la tirada escasa y de la mala calidad del papel, no se nos podrá juzgar directamente por lo que dejamos escrito, lo que favorecerá nuestra leyenda, sin que sea remoto que se llegue a hacer de nosotros una suerte de inspirados, tal y como aparecen personajes de esta índole en los comienzos de toda civilización. ¿Y a qué mayor gloria podría yo aspirar entonces que a la de llegar a convertirme, con la complicidad de los siglos, en una especie de Hermes americano? Yo confieso que ante la seducción de esta posibilidad quisiera no haber editado nunca y que nada más se dijera "que me ocupé en el estudio de las disciplinas más hondas y que después de viajar por todo el planeta consumí la revisión de todos los conceptos de mi época con el propósito de formular las bases del nuevo ciclo de la cultura del Nuevo Mundo". Por merecer esta frase, que parece calcada de la leyenda de oro, ¿no vale la pena romper todo lo escrito, para aparecer mañana como otro Pitágoras?

Indología (OC, II, pp. 1114-1115)





*Ulises Criollo vuelve a hacerse a la mar**

Horas después, un viejo barco chiquito soltó sus amarras y me arrancó de las costas dominicanas. Cuando perdí de vista los rostros amigos, cuando perdí de vista las casas, una gran angustia me cerró el pecho; me iba para siempre de la isla del grato refugio. La perdía para volver a las incertidumbres del mar y a las acechanzas de un destino pródigo, pero que hasta hoy no ha querido regalarme paz.

Indología (OC, II, pp. 1113-1114)

*Almuerzo criollo**

Una casa de propietarios, con sus salas bien aireadas y sus corredores que abrigan del sol que afuera cae en ondas de fuego. Mientras se termina la preparación de un largo almuerzo criollo, se baila en una pequeña terraza y en los corredores. Bailan las señoras, bailan los jóvenes. Hay una maestría rubia, incitante, que trae mareados a todos los hombres; pero a ella no la retienen ni los poetas que le dicen versos ni los bailarines que la ciñen en la danza. Los músicos tocan y cantan la música antillana de ritmo un tanto descoyuntado, como para romper con una sacudida brusca el ensimismamiento peligroso de la voluptuosidad. Irrumpe el grito lúbrico del negro, se mece enseguida una queja melancólica, se combinan todos esos ritmos bruscos que han ido contagiando a toda la sensualidad contemporánea. Hacen ruidos los platillos, como para apagar los ecos

de alguna obscena exclamación, rasca el güiro su estridencia incitante, y en medio del estudiado barullo no se pierde del todo la melodía.

A pesar de aquella música y a pesar de aquella reverberación solar, se advierte en la reunión no sé qué pureza, no sé qué vago sentimentalismo que recuerda no sabría yo decir si pasajes de *Atala* y *René* o de la *María* de Jorge Isaacs, pues no faltan ni la matrona tierna y virtuosa, ni la mulata seductora o la niña sentimental, ni los jóvenes que sueñan con destinos inverosímiles.

La tarde se pasó en correr disfrutando la gloria de la naturaleza y comiendo los frutos en los altos de las plantaciones.

Indología (OC, II, pp. 1112-1113)

*Dipsomano de la gloria (y la cruda)**

Todos estos rápidos arreglos me robaban la atención necesaria para terminar mi sexta conferencia. La noche que leí en el Ateneo de Puerto Rico lo que aquí aparece con el título de "El Ideal", a la hora en que me puse en pie me sentí casi desfallecido por el exceso de trabajo de las dos semanas anteriores. A tal punto que en determinados instantes tuve el temor de tener que interrumpir la lectura porque sentía como un vértigo, lo que no he padecido jamás. Pero al ir leyendo, y dominado como estaba por el gran elogio que de mí había hecho el generoso amigo Astol, dominado por lo que leía y sensitivo a la atención profunda que revelaba el público, sufrí una especie de deslumbramiento envuelto en ráfagas de luz, como en aquellos días magníficos en que en México se inauguraban mis edificios o temblaba en las arenas del Estadio Nacional la danza de los millares de parejas adiestradas en escuelas que improvisábamos como por milagro. La gloria es cara. Toda una vida de dolor por unos instantes de mareo. Y luego, ante la faz de lo Infinito, otra vez la sensación del grano de arena que rueda en el desierto. Por lo pronto, aquella noche Lloréns me declaró poeta. El cumplido me halaga por venir de él; pero no lo creo, porque sé lo que soy. Yo soy como un músico que nació sin capacidad para la técnica y que no pudiendo escribir las melodías que le agitan las entrañas, los signos de revelación que de repente lo ciegan; no pudiendo expresar todo en su lenguaje propio, en el sonido sintético y denso que todavía no se deshonra con la significación particular, tiene que recurrir al lenguaje, que ya es el arte de las significaciones particulares, y lo usa sin que le suenen las palabras, porque todo su ser está atento al ritmo que estruja y exalta la conciencia. Soy, pues, un músico que perdió su instrumento y se limita a tararear su son, obediente a misteriosa pauta y obligado a echar mano de todo este amontonamiento de vocablos que van llenando páginas.

Indología (OC, II, pp. 1093-1094)

*El lugar del Paraíso**

Apenas franqueadas las puertas de la linda Biblioteca Carnegie, el ambiente que tanto amo me puso de buen humor. ¡Las veces que yo he encontrado refugio en estas Bibliotecas Carnegie de las ciudades yanquis, por donde tantos destierros he arrastrado! Los mejores libros al alcance de la mano, sin trámites de empleomanía; sitios abrigados y sitios ventilados según la estación, trato afable todo el año y sillas anchas frente a grandes mesas, y encima un silencio cordial. Aquella noche comencé hablando de un sueño mío del futuro en que los pueblos, en vez de construir las catedrales de la antigüedad o los palacios de la época posterior o los grandes hoteles de hospedaje y los bancos de la época moderna, dedicaran toda su riqueza y todo su genio a levantar bibliotecas monumentales. Templos de la nueva Sophía, esplendorosos como la de Constantinopla y dedicados también a Dios, pero acondicionados para la lectura y guarda de toda clase de libros, que son cada uno como oración que contiene alguna particularidad del misterio sagrado. En esas futuras catedrales del libro se acogerán aun las obras ateas, aun las páginas obscenas, así como en las catedrales antiguas se pusieron a contribución diablos y monstruos, dentro de la confusión gloriosa que prepara y exalta el triunfo de la cruz.

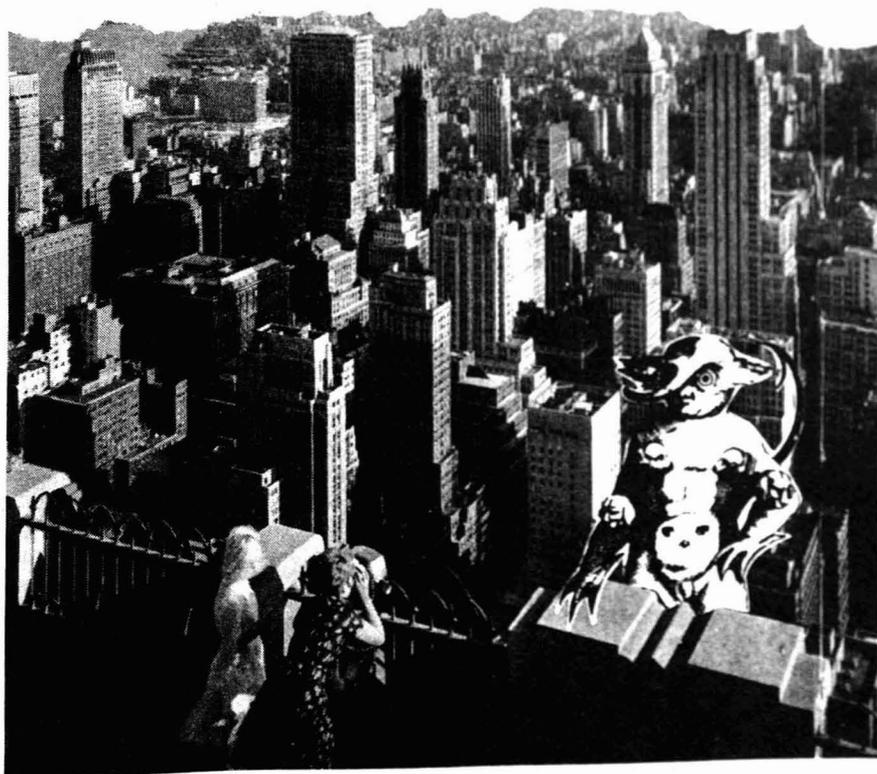
Indología (OC, II, pp. 1091-1092)

*El filósofo en Nueva York (1925)**

Quien quiera convencerse del atraso de nuestra

civilización no tiene más que cruzar el Atlántico en un trasatlántico. El más rápido de todos, ya en el océano, se ve como una gran tortuga quejumbrosa e impotente. Y todos danzan en la noche del temporal, y cada vez que un golpe de mar nos azota el costado del buque, se escucha un estruendo como de cañonazo y crujen los amarres que parece se van a soltar. Alternan con el incesante cañoneo las avalanchas que de pronto aplastan la proa y a todo el barco lo sacuden como si se partiese por el medio y como si la punta ya no volviese a levantarse más. Y nadie duerme en los camarotes y el mismo capitán confiesa al día siguiente su fatiga. ¡Y lo poco que ante la Creación importa que todo un gran barco se hunda! Pero, al fin, en este mundo inconstante hasta las tempestades se gastan y en seguida es menester soportar los días de calma en que se hace interminable la travesía y se nos despierta en el pecho un águila que quisiera volar.

La entrada en Nueva York por la bahía es uno de los espectáculos del mundo. Masas cuadrangulares altísimas, cilindros que rematan en aguja gótica o en torre ligera, un centenar de ventanas verticales que terminan con una pirámide, domos estrechos y empinados; sólo una de las más recientes estructuras, la torre de los marineros, es más poderosa y más bella que la Gálata de Constantinopla. ¡Panorama espléndido; sólo quien no sienta en el pecho el grito de la potencia triunfante podrá quedarse indiferente o abrumado delante de tamaña magnificencia! ¡Oh, chatas ciudades de Europa, envilecidas con la mansarda, pobres como si estuviesen hechas de tierra, con sus millones de tubos de chimenea y sus tejaditos de miseria! Nueva York es de granito. Está hecha para desafiar ciclones. Y a causa de su grandeza tuvo que romper con la medida. Que las casas todas de una cierta plaza, de un cierto barrio, han de ser de igual tamaño y de la misma abominable moldura de la época de los Luises o de los Imperios: así decretan, desde sus despachos, los arquitectos titulados. Y crean esas pobres ciudades de académicos, parodia mezquina de lo clásico. Y si no fuese porque en ellas subsiste una que otra joya del gótico, ¿qué haríamos en París si no hubiese más que la Chambre de la Magdalena, y qué haríamos en Viena si no hubiese San Estéfano, si todo fuese aquel barroco de caireles y de encajes, como la cabellera de los cortesanos degenerados? Es cierto que Nueva York tiene todo lo feo del resto del mundo, pero también posee las audacias, las únicas audacias de estos dos últimos siglos. La construcción neoyorkina es maciza y monumental y, lo que no he visto señalado, es bella en los remates. Nueva York parece hecho para ser visto a distancia y desde arriba. Ninguna ciudad del mundo termina sus casas con tanto lujo. No hay ni las dos aguas de pizarra o de teja que tanto afean el panorama europeo ni las azoteas planas de tierra o ladrillo que dan mal aspecto a la construcción





José Vasconcelos

andaluza y latinoamericana. Nueva York de noche es el espectáculo más asombroso que hayan podido mirar los ojos humanos. Montañas perforadas de ventanillas que despiden luz; tan grandes que no se comprende que sean un solo edificio, tan altas que a veces las luces más elevadas se confunden con las estrellas. De noche se borran todas estas imperfecciones de los estilos hechos de prisa y sólo quedan las moles proyectándose sobre la plata de un cielo de media luna. Los edificios parecen monstruos de millares de ojos y por entre las nubes aparecen, a la luz de los reflectores, cúpulas y torres fantásticas revestidas de oro; por otras secciones, en la quietud de una altura verosímil, descansan las terrazas circundadas de flores, donde danzan al son de músicas suaves los ricos, los poderosos del mundo.

Cierto que todavía es Nueva York la ciudad mercenaria, y que así como en otras urbes el templo es el que ha dado pauta para la arquitectura de palacios y casas, en Nueva York es el Banco, el templo Mammón, lo que sirve de norma. Hasta dentro de una iglesia presbiteriana uno recibe esa fría impresión de tarea metódica y de aseo impecable que se encuentra en las oficinas de banco, tal como si el aseo exterior hubiese de disimular las tortuosidades de la conducta; pero no se puede negar que la enorme acumulación de riqueza ha comenzado a producir lo que siempre produce el dinero, una nueva interpretación de las maneras externas de la belleza. La belleza perfecta sale del desierto con los evangelios; pero lo que todo el mundo entiende por belleza, la carne y los trapos, el oro y el mármol, la tela y la estatua, todo eso que es arte vil y apariencia del pecado requiere dinero, y siquiera en Nueva York tal vicio se exhibe flamante, sin esa caries y pobreza que da a las viejas ciudades el aspecto de cocotas repintadas.

Por lo menos en Nueva York, el puerto del Nuevo Mundo nos impone su vitalidad; despertamos del semisueño en que nos deja Europa, el continente donde ya se hicieron todas las cosas, y nos fortalecemos con el aura del continente donde se están haciendo las cosas.

Indología (OC, II, pp. 1076-1078)

*El beso al leproso**

Mientras yo decía mi discurso, advertí en la multitud a un leproso alto, de clase pobre; tenía el rostro tumefacto y las manos deformes por la hinchazón. Siempre he padecido en exceso de esa reacción, poco investigada en psicología, que es el asco. Tan poco advertida, que idiomas como el inglés, no tienen para ella un nombre especial. Varias veces he proyectado estudiar lo necesario para escribir una monografía sobre el asco. En sus aspectos físicos, me ha provocado efectos tan violentos, irreprimibles, que fui abogado y no médico, porque no hubiera podido habituarme al trato del cuerpo humano que, visto sin la aureola del amor, o la

incitación del sexo, es cosa bien miserable, digna de compasión, y además, origen de humores y calamidades que producen el asco; ese salto que damos hacia el arroyo, si en la acera hallamos una inmunidia, y que nos causa angustia si no podemos exteriorizar la repugnancia y apartarnos de lo que asquea. Tiene esta condición del asqueroso, o más bien, del *asqueriento*; como se ve, ni la palabra existe para designar la víctima del asco; tiene, decía, el asco un reflejo o contraefecto, paralelo en lo moral, que nos obliga a rebelarnos contra los casos poco nobles, sucios, de la conducta. El que es inmune al asco, quizás es también inmune a la injusticia, la felonía, y viceversa. Rápidamente, y mientras desarrollaba mi arenga popular, en segundo plano de la conciencia, repensaba todo esto y me prometía aprovechar el primer ocio para mi tesis sobre el asco. Al terminar de hablar, muchos del público subían la mano hasta el barandal del kiosco en que nos hallábamos, para estrechármela. Luego, como creciera el grupo, hubo un desfile de apretones cordiales, y en él tomó sitio el leproso. De reojo vi su mano grande y manchada, y reflexioné: “¿Voy a dar el espectáculo de tenerle miedo a una piel enferma? ¿Voy a ofender, además, a este pobre hombre, negándole un gesto humano?” Antes de responderme interiormente, le tocó su turno al leproso, que tendió su mano; al instante con un impulso decidido, fácil, se la tomé y no me limité a tocarla, sino que la sacudí, seguro ya de que no puede haber contagio, ni siquiera asco, cuando una efusión de simpatía vence las circunstancias físicas que han determinado el mal. A propósito del caso de San Francisco y los leprosos, había imaginado, con anterioridad, una teoría psicológica sobre la imposibilidad del contagio, cuando la fuerza espiritual del amor se impone a la enfermedad y la convierte en motivo de prueba de los sentimientos superiores. Vence el espíritu, y hace del asco mismo, una suerte de aureola y de la llaga una flor, como dicen las leyendas santas. Sin embargo, es doloroso recordar que al Padre Damián, de los belgas, lo contagiaron, al fin, después de varios años de convivencia con los lazarinos de Hawaii. Y murió del terrible padecimiento. De suerte que se queda uno, como siempre, interrogando en vano: ¿en dónde está, pues, la verdad, Señor? ¿Se debe o no se debe dar la mano al leproso? Más frecuente de lo que se sabe, es este mal en Sinaloa, tierra de encanto, por su naturaleza cálida y feraz y por sus mujeres dulces, suaves, graciosas, bien españolas, con su talle elástico y sus ojos negros. Pero de pronto, y como nos ocurrió en otra aldea, frente a un óvalo femenino, juvenil gracioso, enlutado y según se excitaban y se acercaban mis compañeros mozos, advertí un susurro: —“Es la leprosa, es la leprosa.” No se apartaba ella de su ventana, viendo desfilar el mundo que retrocedía de su contacto. Desgarrantes injusticias de hecho, que dejan una





sutil laceración, incurable en todo el que medita en la esencia vil de nuestra naturaleza. Maldita naturaleza, precisamente por eso, es grande el cristianismo que no se conforma con ella, sino que en todos los órdenes se empeña en vencerla y superarla. Y quizás, lo que pasó al Padre Damián, es que tan prolongado contacto, no siempre mantuvo (por ejemplo, en el sueño), viva la llama de la caridad que defiende del contagio.

El Proconsulado, p. 68

*¿Quién es Ariel? **

Si los yanquis fueran no más Calibán, no representarían mayor peligro. Lo grave es, lo grave para nosotros, es, que también nos suelen superar en el espíritu.

Indología (OC, II, p. 1087)

*Religión en la Infancia**

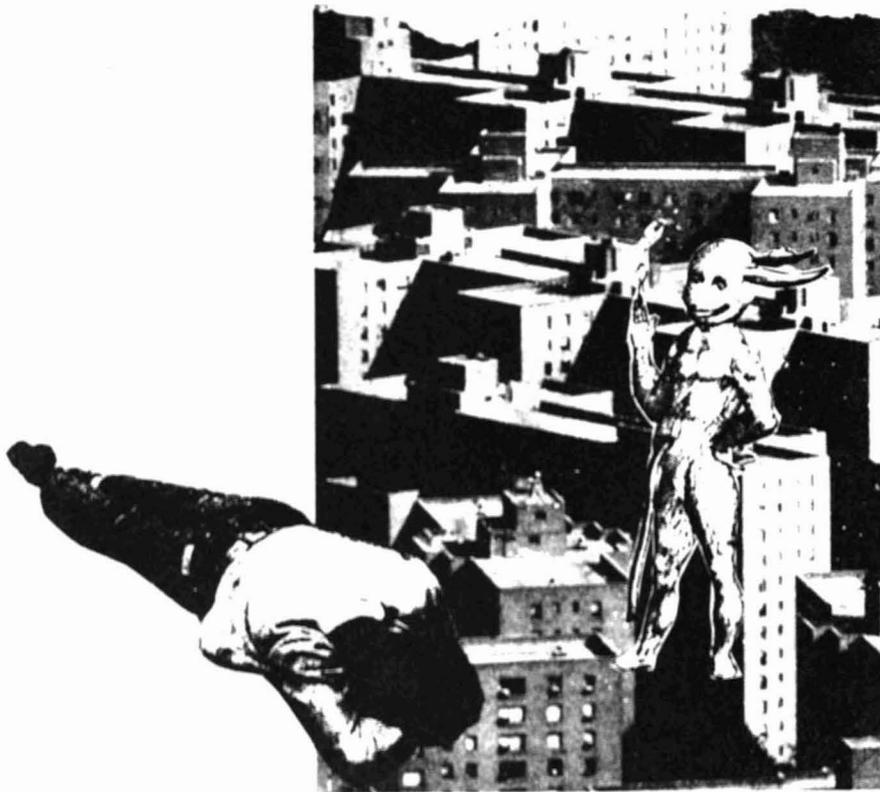
Mis recuerdos de aquella época son más bien una mezcla de impresiones arquitectónicas, panoramas, liturgia y cierta angustia determinada por nuestro aislamiento en la gran ciudad (México, D.F.) indiferente. Por ejemplo, recuerdo la cuaresma que ahí pasamos, cumpliendo todo su rito cabal. La edad no nos había permitido ejercitar el ayuno. Por primera vez mi madre, que lo acostumbraba, lo hizo exten-

sivo a mi hermana Concha y a mí. Confundido con el montón de beatas de escapulario azul, me acerqué a recibir la ceniza del miércoles inicial: *pulvis eris*, etc. . . , que tanto me impresionaba. El día entero se empleaba en las devociones rituales, ejercitadas con efusión. Cada templo era un orgullo nuestro y una fiesta. Entrábamos al oficio presurosos y salíamos de él fortalecidos y alegres. Ni la misma luz del sol me parecía tan bella como los oros de los retablos tras la llama de los cirios.

Ulises criollo, p. 71

La Quinta Sinfonía

"Así toca el destino a nuestra puerta" —dijo Beethoven del tema inicial—, "el destino que nos llama a cumplir nuestra misión". El célebre y gustado *tan, tata, ta, tan* se desenvuelve en un tema imperioso que semeja la potencia humana en su brega constante, un querer que se distiende y roza con un nuevo tema, seductor y manso, que parece invitarlo a que ejercite en él toda su fuerza. El tema vigoroso se ensancha majestuosamente amplio, como para realizar lo infinito; el tema dulce oscila como si cediese, y por instantes creyérse entregado y fundido en el mayor. Pero es mentida su renuncia, momentáneo el fingimiento: pronto la voz débil se esquivo para gozar su libertad y sigue su camino



propio con desarrollo irónico de ideal remoto e imposible. Cierta perspicaz autor, Grove, encuentra en este contraste la historia de unos amores fracasados de Beethoven: el conflicto de su voluntad fuerte con la indomable picardía y la gracia de la amada; pero merece interpretación mucho más amplia esta profunda lucha en que más bien parecen contender la voluntad individual y la incertidumbre de los destinos, el espíritu impetuoso y la ley natural, indiferente y lacia. Con la ventaja, sobre la antigua, de esta moderna tragedia, de que aquí la voluntad no se conforma con gemir, sumisa a la inevitable, sino que, impelida por vislumbres redentores, rebasa el fenómeno, vence al destino, y crea entidades estéticas, nuevos seres, gobernados por ley divina. Sin embargo, el conflicto queda sin solución, magníficamente planteado, patéticamente vivido.

Después del poderoso allegro, el sujeto queda en duda; ignora si ha presenciado un vano juego, o si realmente, como ha creído sentirlo, se ha encontrado en contacto con la esencia de los conflictos del mundo. Lleno de desaliento se abandona entonces a una melancolía que desata lamentaciones elocuentes en las frases largas del adagio. Mientras así parece sumirse en la humildad, suaves temas complementarios nacen en la orquesta, despertando recuerdos vivaces, quimeras risueñas, todo el mundo riquísimo, fantástico, viviente, de lo que se ha amado y soñado. Los objetos y los recuerdos así revividos parecen poseer la realidad de lo esencial.

Una vez más la voluntad ávida alza su vuelo: ansía amar y vivir fresca y lípidamente. Mas la tierna visión esplendorosa sigue oscurecida por un tono de melancolía penetrante, por un vago dolor que acaso recuerda la imposibilidad del buen vivir o el secreto mal que corroe toda felicidad, un anuncio que en medio de la dicha señala a las almas su misión superior al más hondo atractivo de las cosas.

En el adagio ya no luchan, como en el allegro, la voluntad y la necesidad, sino elementos más íntimos que representan lo material y lo divino, el deseo, que ansía la felicidad, y el Ser que exige un cambio radical en las condiciones de la existencia; el triunfante y fácil optimismo, y el pesimismo heroico que exige lo absoluto, aun por encima de la alegría.

La voluntad, vencedora de fatalismos, vacila entre el poder de realizar todo lo que es amable y bueno para el hombre, y la ignorada aventura de emprender algo diverso y superior a lo humano. Por eso, y no a causa de sentimentalismos concretos, nos deja el adagio humedad, lágrimas de sacrificio en las pupilas.

El scherzo es un tiempo entrecortado que imita el examen de conciencia y la duda. Antes de que lleguemos a decidirnos en el terrible conflicto de elección planteado en el adagio, el scherzo nos lleva a recorrer el mundo, escrutándolo una vez más ansiosamente, y ahondando adentro de la conciencia, sin vacilaciones y sin piedad. Este tiempo es anarquía y auge de todas las posibilidades; período de incubamiento en que todo es permitido y legítimo: un mar donde la facultad crítica ejerce el vasto oleaje, que, con la multitud de las olas pequeñas, crea forma, se ensancha, y al estallar en la costa, define una sinuosa, amplia y momentánea armonía. Frases pletóricas que se apagan bruscamente o se multiplican en melodías incisivas, rápidas y enigmáticas. Parecen los sondeos de un alma madura y escéptica. Una fría serenidad descompone las cosas en sus elementos primarios, disocia las ideas, parece que corrige y desmenuza cierta ampulosidad que ha venido revistiendo a los temas largos. Los movimientos entrecortados, balbucientes o súbitos, insistentes en los pizzicattos, remedan preguntas tercas: otras veces el jugo de la inspiración florece en gloriosos murmullos. Y el sentido interno de unidad se ahoga en el vario clamor del vigoroso pluralismo.

En el allegro final reaparece el tema del primer tiempo de la pieza sinfónica, pero con modulaciones de madurez ilimitada. Un ser acrecentado y fuerte pasa entre clamores de victoria; ya no suplica, avanza; ya no gime, triunfa; es firme, no vacila, y a él se ajustan las cosas como a imán cuyo poder cumple toda la vida plena que todos los seres ansían. Más o menos esto palpita en las heroicas marchas finales de estridencia sublime, de gloria sin víctimas, de revivir universal.

Monismo estético (en *OC*, t. IV, pp. 34-37)

Nietzsche

Debemos a Nietzsche algunas de las páginas más dramáticas que jamás se hayan escrito, en el *Zarathustra*, en el *Ecce Homo*, desgarradoras de sinceridad equivocada, patéticas de sugerencias trascendentales y comparables apenas a los escritos de Juliano el Apóstata, el elocuente enemigo de Cristo, que nunca pudo dejar de ser cristiano. Igual le ocurre a Nietzsche. Y lo trágico y a la vez lo hermoso del estilo de Nietzsche, es que jamás halló esa serenidad tan alabada y que suele ser simplemente la fatiga del viejo. Todas sus horas las pasó Nietzsche de claro-curo exaltado. En torno a ningún hombre estuvo jamás de modo más permanente el halo que forman el relámpago y la nube.

Altamente impresionable y seducido, ante todo, por la fuerza física de que siempre careció, la contemplación de un regimiento en marcha, para la guerra contra Francia, le sugiere una extensión de la doctrina de la lucha por la existencia. La lucha no tiene por objeto conquistar simplemente la vida, sino la voluntad de poder, el poder.

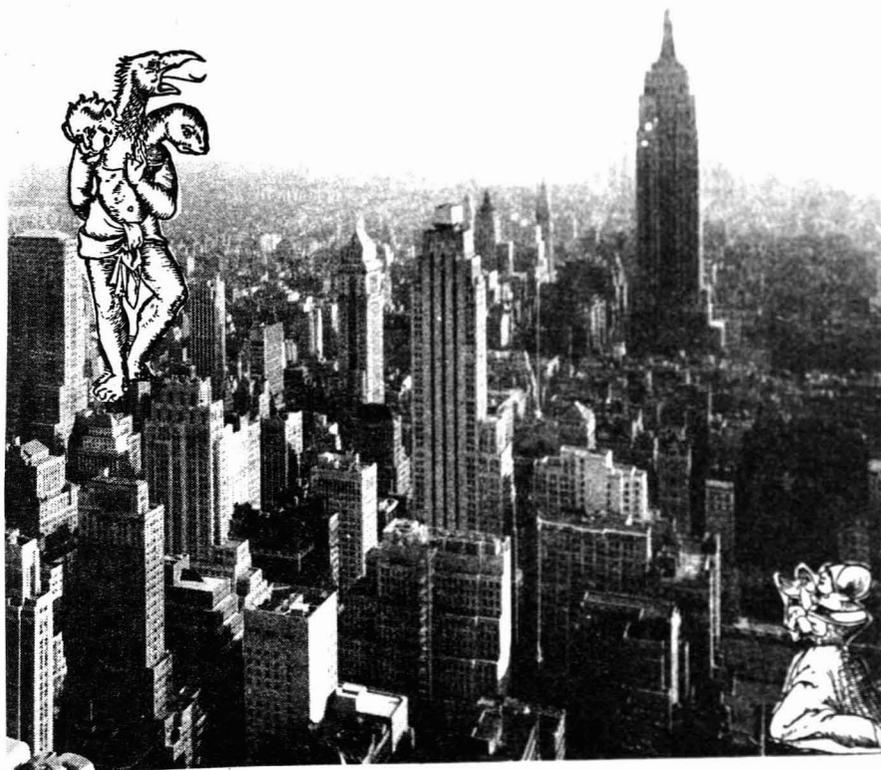
Para fundamentar su teoría de la voluntad como poder dominante en la lucha de las especies, a la vez que rechaza el cristianismo, Nietzsche se apoya en los griegos. Sus estudios sobre la tragedia griega son una contribución perdurable a la filosofía estética contemporánea. Representan acaso lo mejor de la obra de Nietzsche. La Grecia de Nietzsche es la auténtica y muy otra de esa Grecia intelectualista,

supuestamente serena y tranquila que nos han inventado los creadores del clasicismo francés, preciso y claro a fuerza de ser limitado. Los griegos, con sus trágicos, exploraron todos los rumbos de la conciencia, ahondaron en todas las profundidades y misterios de la vida y no fueron equilibrados, medidos, a lo neoclásico latino-francés, sino desbordados, grandiosos, como los hindúes; profundos y musicales, como la Alemania moderna. Conocieron los griegos un pesimismo desesperado como el de los orientales o como el de Schopenhauer, pero hallaron también la manera de superarlo. La superación se alcanza mediante la contemplación artística del fenómeno. La tragedia griega es un concierto de la pasión desenfrenada de Dionisos, y el sentido de la contemplación estética que se deriva de Apolo. La concepción del arte como un complemento y correlativo de la ciencia, derivada de la sola razón, se vuelve en Nietzsche tema recurrente. El Sócrates que en el último diálogo se lamenta de no haber hecho música, de no haber conocido las razones de lo irracional, se convierte en símbolo que Nietzsche levanta por encima de su filosofía y también más allá de la falsificación de la cultura griega que nos habían dado los racionalistas y los filólogos. La edad vigorosa es la de Dionisos y el heroísmo, no la del frío racionalismo socrático. Y la vuelta de Dionisos es señalada por Nietzsche como una necesidad de la cultura. El camino de esa vuelta cree hallarlo en la música de Wagner.

Al principio Wagner era para Nietzsche el semi-dios que restaura la tragedia antigua, mediante las óperas que asombraban al mundo. Pronto una rivalidad amorosa y diferencias radicales de temperamento separan a los dos genios. Las páginas que Nietzsche escribe sobre música son, acaso, lo mejor que se ha escrito sobre la materia, aunque en *El caso Wagner* puedan sus juicios parecer influidos por la preocupación personal.

De Wagner le gusta el *Sigfrido*, en el que ve un drama desarrollado en sinfonía, una especie de evolución del *lied* al canto. En cambio, del Wagner posterior dirá que adula los sentimientos nihilistas, lo acusa de budismo y, sobre todo, no le perdona el haber compuesto el *Parsifal*, que le hace ver a Wagner como un decrepito, desesperado romántico, que de pronto se desmaya frente a la Santa Cruz". En el fondo nunca dejó de querer a Wagner. Y así lo confesó en un instante de lucidez de su locura final, cuando le presentaron un retrato de su antiguo amigo, ya muerto.

Su preocupación cristiana o anticristiana, que en él era lo mismo, no le abandona. En el triunfo de la idea cristiana ve la base de la democracia, "esa manía de contar narices". La aristocracia era su ideal, pero no la hereditaria sino la guerrera, la creadora de valores. Su ídolo es la voluntad; no la voluntad que aspira a aniquilarse, como en su maestro Schopenhauer, sino la voluntad de poder



que es libre y goza de la vida. Para alcanzar esa voluntad triunfadora necesitamos convertirnos al superhombre. La tabla de valores del superhombre es inversa de la tabla cristiana.

Un aspecto venerable, profundo, tiene el asalto de Nietzsche a la moral cristiana, tal como se practica de ordinario. Y es el que se refiere a la caridad. Por nobleza de sensibilidad, por refinamiento del alma, Nietzsche odia la caridad que humilla al que la recibe y permite al que da sentirse virtuoso. En este sentido Nietzsche es un purificador del sentimiento cristiano. Por eso y por tantos otros aspectos, Nietzsche es, no el Anticristo, como soñara, sino uno de los ángeles, un arcángel que aun envuelto en las sombras destella luz. . .

En las admirables memorias de la hermana de Nietzsche, se relata una anécdota dolorosa que demuestra que era el amor y no el odio el resorte de sus pasiones. Se hospedaba en el mismo hotel suyo una inválida, a la cual dedicaba atenciones esmeradas, ofreciéndole ya una flor, ya un libro, ya un rato de conversación, mientras se trataron como desconocidos! El día que ella descubre la identidad de su amigo, y le dice: "Usted es Nietzsche", el filósofo huye, no quiere verla más, porque reflexiona: "Si ha leído mis libros, va a pensar que la desprecio."

Muy caro pagó nuestro poeta la soberbia de las páginas de *Ecce Homo*. Andarse sintiendo otro Cristo o un Anticristo, no es juego que queda

impune, ni lo resiste la mente. Una ataque de parálisis produjo en seguida la locura, que le duró diez años, hasta su muerte. Gentes de todos los países, sobre todo del Brasil y el Paraguay, en donde él soñara establecerse, lo visitaban, espiando por la puerta la triste figura caída, inconsciente. La hermana no toleraba sino unos minutos a los que llegaban de lejos. El no reconocía a nadie. Y sólo de cuando en cuando, fugitivamente sospechaba lo que había sido. Mirando un día un montón de libros, exclamó: "Libros, libros. . . Yo también hice una vez buenos libros. . ."

Vivió Nietzsche en un período tranquilo, en el cual resultaba casi imposible experimentar la aventura en sus formas heroicas. Entonces, la necesidad de poesía y de grandeza, que es una de las mayores angustias del alma, se refugiaba en la vida de las pasiones; de ahí el desenfreno romántico. Pero aun esa ocasión abierta a cualquier temperamento esforzado, se la negó la vida a Nietzsche, privándolo de salud y también de esa vitalidad primaria que, en el fondo y sin remedio, es condición de amores mundanos. Y se quedó Nietzsche solo, con su ambición insatisfecha y su genio de arcángel. Cuando lo hirió el ataque nervioso que le arrebatara su propia personalidad, el subconsciente habló por Nietzsche y lo sentó a redactar frases de loco, conforme a las circunstancias: sinceras, patéticas, en su íntima verdad. "Ariadna, te amo", escribió en mensaje dirigido a Cósima, la terrible encantadora que había heredado de Lizst, su padre genial, el secreto de encender pasiones. En otros tiempos, en la Grecia que él amara, un filósofo como Nietzsche se habría librado de la obsesión amorosa emprendiendo el viaje para la consulta del Oráculo. En torno a Nietzsche, filósofo moderno, no había más pitonisa que Cósima y ésta le fue infiel, lo rehusó; más bien dicho, lo dejó por el amigo amado de ambos, el afortunado Wagner que se llevó el amor y la gloria, el triunfo y la juventud.

Y no le quedó a Nietzsche en su soledad ascética otro compañero que el sarcasmo. Imitadores indignos han tomado del filósofo las frases que simulan el odio. No comprenden que el odio que no daña, el odio limpio que purifica, es privilegio exclusivo del alma que ha sido capaz de amores grandes, excelsos.

Manual de filosofía, pp. 430-432.

Obras utilizadas

Ulises criollo, 9a. ed., México, Ediciones Botas, 1945.

Indología (en Obras Completas), México, Libreros Mexicanos Unidos, 1958, 4 tomos.

Manual de filosofía, 2a. ed., México, Ediciones Botas, 1950.

El proconsulado, 3a. ed., México, Ediciones Botas, 1946

Monismo estético (en OC)

